

Cabras y Caracas B. Aires. 31. V. 1924

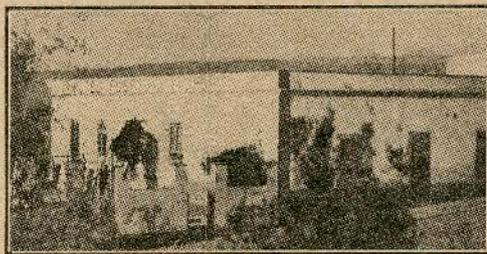
O.C. Torro ~~13~~ I



### DIVAGACIONES DE UN CONFINADO

por MIGUEL DE UNAMUNO

No me traje conmigo a este confinamiento de Fuerteventura más que tres libros que caben en un mediano bolsillo: un ejemplar del nuevo Testamento en su original griego, edición Nestle, de Stuttgart, en papel como tela de cebolla y dos ediciones microscópicas, *vademecum*, de la Divina Comedia y de las Poesías de Leopardi hechas por Barbera, en Florencia. Y en esta edición de los trágicos poemas leopardianos he vuelto a leer aquel estupendo a la retama, la flor del desierto — *La ginestra o il fiore del deserto* — que hace años traduje en verso y figura esta traducción en mi libro de *Poesías*. Y nunca hubiera creído que esa flor del desierto me habría de acompañar y animar en la más fuerte de mis aventuras quijotescas.



El "Hotel Fuerteventura", en Puerto de Cabras, donde están hospedados don Miguel de Unamuno y don Rodrigo Soriano

Desierto es esta solemne y querida tierra aislada de Fuerteventura, una de las islas llamadas antaño Afortunadas y que tiene la fortuna y la hermosura a la vez, de su noble y robusta pobreza. Tierra desnuda, esquelética, enjuta, toda ella huesos, tierra que retempla el ánimo. ¡Cuán otra cosa que esos jardines ceñidos de mar donde el hombre se olvida de la tierra y del cielo! No, aquí tierra y cielo se funden en uno bajo el abrazo de la mar. El mar los apuña juntos.

Y en este solemne desierto, en esta noble soledad sahárica, he encontrado a la retama leopardiana *contenta dei deserti*. La de Leopardi erguía sus enjutos tallos en la árida espalda del formidable monte exterminador Vesubio, ésta retuerce sus óseos nervios al pie de ruinas de volcanes, en mayor desierto que el que se extendió sobre los cadáveres de Pompeya y Herculano.

Esta retama de Fuerteventura, cuya clasificación y denominación botánica ignoro, es llamada aquí «aulaga». En la Península, en aquella otra España, hay lo que se llama «aulaga», «aliaga», «árgoma» y «tojo», que no es ni la retama ni la escoba. Pero dejemos esto.

La aulaga mayorera, de Fuerteventura — se llama mayoreros a los de Fuerteventura — tiene su triste verdor pardo, su verdura gris, por entre pedregales sedientos, y al pie, a las veces, de estos tristes tarajales, especie de tamarcidos, que ofrecen al sol y al aire su mezquino y lacio follaje. La aulaga no tiene hojas; la aulaga desdeña la hojarasca; la aulaga no es más que un esqueleto de planta espinosa. Sus desnudos y delgados tallos, armados de espinas, no se adornan más que con unas florecitas amarillas. Y todo ello se lo come el camello, el compañero del hombre en esta isla, su más fiel servidor. La aulaga da flores para el camello. Para que el camello se las coma, por supuesto. Y así este sobrio animal se alimenta de flores. Puede decirse que la aulaga no es más que espinas y flores.

¡Qué lección de estilo, y de lo más íntimo

Tenerife, encantan a los boquiabiertos turistas que se enamoran de hojarasca y de perifollos. Ese es paisaje de turistas, no de peregrinos del ideal ultraterrestre, no de romeros de la inmortalidad.

La aulaga es una expresión entrañada y entrañable, la aulaga dice frente al cielo y a ras de la tierra ceñidos de mar, la sed de vida, la sed de inmortalidad, de las entrañas volcánicas de la Tierra. Y esas espinas de que se arma son una tragedia íntima.

La aulaga sí que tiene estilo; la aulaga y no esas plantas de jardín, criadas a fuerza de abonos, esas pobres plantas enriquecidas por la civilización, esas presuntuosas plantas civilizadas. ¡Cuán lejos de los crisantemos!

¡Y qué lección, qué lección la de esta humilde, mata toda ella espinas y flores, qué lección! Pero... ¿humilde? ¡Humilde, no! Humildes, más bien viles y rastreras, son esas plantas artificiales, como los perritos y los gatitos falderos, esas plantas que acarician a las damiselas aburridas y frívolas, y no esta bravía aulaga que no se deja ni acariciar ni prender. Sólo se rinde al camello; sólo al camello le da sus flores.

¿Qué saben de estilo esos estilistas de inveneradero que a fuerza de abonos químicos arman una hojarasca sin perfume? Eso no es estilo ni cosa que lo valga.

Y la aulaga no es misantrópica, no; la aulaga no odia a los hombres. A los hombres, se entiende. La aulaga ahuyenta a los turistas, a los desocupados, a los frívolos, pero la aulaga atrae a los peregrinos, a los ocupados en el externo problema de la finalidad del universo, a los cordiales. La aulaga rechaza a los machos sin más que serrín en la mollera y pus en el corazón.

Cuando don Quijote vino a esta isla, ese Fuerteventura — y he de contar esta su aventura fuerteventurosa — se consolaba en sus inevitables decaimientos de ánimo, cuando le acometía la tentación monástica, contemplando las matas de aulaga. Con esta contemplación se limpiaba la hojarasca del alma.

Porque también el cartujo tiene su jardincillo y en él rosas, rosas artificiales, rosas de cultivo que ocultan las espinas entre las hojas. La aulaga puede, a lo sumo, servirle al cartujo de cilicio.

Porque es un cilicio la aulaga. Y puede ser un arma también.

La aulaga puede servir, como la escoba, para barrer. Aquí sirve para que con ella, flor de fuego entrañado, se calienten, quemándola, los mayoreros. ¡Dios te siga bendiciendo, aulaga mayorera!



Don Miguel de Unamuno, acompañado del párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, con quien sostiene amenas pláticas.

Puerto Cabras de Fuerteventura, Abril de 1924.

